

TUPÃSY CAACUPÉ

Una visita que despierta la memoria, la fe y la esperanza

Mensaje del Pbro. Lic. Fernando Adrián Florentín Solís

*Cura Párroco de la Parroquia Nuestra Señora del Rosario y San Antonio
Asesor de la Pastoral de Comunicación de la Diócesis de la Santísima Concepción*

Queridos hermanos y hermanas:

Hay acontecimientos que se anuncian en un programa, se organizan en una agenda y se viven durante unas horas. Pero hay otros que trascienden cualquier planificación, porque tocan las fibras más profundas del corazón de un pueblo. La visita de la Virgen de los Milagros de Caacupé, nuestra querida Tupãsy Caacupé, a Concepción, pertenece, sin duda, a estos últimos.

Durante estos días hemos sido testigos de algo verdaderamente hermoso: lágrimas de emoción, rostros llenos de alegría, familias enteras saliendo a su encuentro y ese famoso e inconfundible “chemopirĩ”, ese estremecimiento que recorre el cuerpo cuando algo sagrado toca las profundidades del alma. Fue hermoso.

Y quizá lo más hermoso de todo haya sido descubrir que, detrás de una imagen, existe una memoria viva; detrás de una advocación, existe una historia; y detrás de una devoción, existe el corazón de todo un pueblo.

Pero esta visita también ha suscitado reacciones diversas. Algunas, incluso, provenientes de sectores que no comparten nuestra fe o que se presentan como cristianos y que, lamentablemente, han utilizado un lenguaje ofensivo, denigrante y agresivo contra aquello que para nosotros es sagrado.

Frente a esto, no necesitamos responder con la misma violencia.

Los cristianos no estamos llamados a devolver ofensa por ofensa, sino a dar testimonio de aquello que creemos.

Y quienes amamos a nuestra Madre sabemos algo muy sencillo: a una madre no se la ofende.

Porque para el paraguayo la figura materna no es una realidad secundaria. La madre se respeta, se venera, se honra y se protege. Y cuando hablamos de Tupãsy Caacupé, estamos hablando de una figura que ha quedado profundamente inscrita en el alma colectiva de nuestra nación.

Para un paraguayo, Caacupé no es simplemente una imagen religiosa. Es memoria.

Es la memoria de nuestros abuelos, de aquellos que nos preparaban con nuestro querido Ao Tupão para peregrinar cada 8 de diciembre hacia el Santuario Nacional.

Es la memoria de generaciones enteras que caminaron con los pies cansados, pero con el corazón lleno de esperanza.

Es la memoria de un pueblo que, en medio de guerras, dolores y pérdidas, encontró en María un refugio.

Tupãsy Caacupé representa también la memoria de tantas mujeres paraguayas que, después de guerras injustas que diezmaron nuestra población y dejaron al país herido y desolado, tuvieron que levantar sus hogares, reconstruir sus familias y volver a comenzar prácticamente desde las ruinas.

Por eso, cuando un paraguayo mira a Tupãsy Caacupé, no contempla solamente una escultura.

Contempla una historia.

Contempla a su madre.

Contempla a su abuela.

Contempla las manos de tantas mujeres que sostuvieron este país cuando casi todo parecía perdido.

Contempla las lágrimas de quienes llegaron hasta Caacupé buscando una respuesta.

Porque María ha estado allí donde muchas veces las palabras ya no alcanzaban.

Ha estado junto al enfermo, junto al que llora, junto a quien perdió a un ser querido, junto a la madre que suplica por sus hijos, junto al hombre que ya no encuentra fuerzas para continuar.

Y cuántas veces una oración comienza con palabras y termina convirtiéndose lentamente en lágrimas.

Porque hay momentos en la vida en los que uno ya no sabe qué decirle a Dios.

Y entonces solamente queda llorar. María entiende también ese lenguaje.

Hoy, Tupãsy Caacupé visita el Norte del país.

Visita esta querida Concepción, la Perla del Norte, en un momento particularmente significativo de su historia.

Pero hay algo todavía más profundo. María, la humilde servidora del Señor, no visita solamente las plazas, los templos o los lugares donde todo está preparado para recibirla.

María va allí donde están sus hijos, se acerca a los barrios más vulnerables, a los más pobres y sencillos, a los olvidados, a los desprotegidos, a aquellos que muchas veces la sociedad considera insignificantes, a quienes no tienen voz, a quienes nadie escucha.

Y justamente allí, donde algunos solamente ven pobreza, María sabe descubrir dignidad.

Donde algunos ven fracaso, María descubre una historia.

Donde algunos ven abandono, María reconoce a un hijo de Dios.

Por eso su visita se transforma en esperanza. Porque ella es aquella a quien el ángel llamó "la favorecida", la humilde mujer de Nazaret, aquella que creyó, aquella que se entregó, aquella de quien Isabel proclamó: "Dichosa tú que has creído".
Y por eso todas las generaciones la llamamos bienaventurada.

María siempre conduce hacia Jesús. Y desde esta tierra nortea vuelve a decirnos aquellas palabras que pronunció en Caná:

"Hagan lo que Él les diga."

Ahí está el verdadero corazón de esta visita. Y ¿qué nos manda Jesús?
Que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado.

Por eso, en estos tiempos en que resulta tan fácil levantar la voz, descalificar al otro, ridiculizar su fe y convertir las diferencias en trincheras, necesitamos hombres y mujeres capaces de construir puentes.

Necesitamos cristianos que sean profetas de unidad y no artífices de discordia.
Que sepan defender su fe sin despreciar al que piensa diferente.
Que sepan amar profundamente a María sin convertir esa devoción en motivo de enfrentamiento.
Que sepan anunciar a Cristo no desde la agresividad, sino desde la caridad.

Porque la verdad que se anuncia sin amor termina pareciéndose muy poco a la verdad de Cristo.

Tupâsy Caacupé: Madre, Reina y Señora del Paraguay, ehykuavo nde mborayhu ha ehovasa Concepción.

Pbro. Lic. Fernando Adrián Florentín Solís

Cura Párroco de la Parroquia Ntra. Sra. del Rosario y San Antonio
Concepción – Paraguay